

tara la fuerza de caballería que mandaba aquel jefe, y que continuara, como hasta entonces, perteneciendo al cuerpo de ejército de Oriente, aunque se hallara fuera del recinto fortificado.

El mismo supremo gobierno, que estaba mas al corriente de las necesidades del cuerpo de ejército del Centro, y de algunas operaciones que era necesario practicar fuera de las murallas, no tuvo por conveniente obsequiar mi súplica, y dispuso por lo mismo, que la referida fuerza de caballería se pusiera á las órdenes del señor general Comonfort.

Del dia 11 al 13 no tuvo lugar entre sitiados y sitiadores, sino lo que refiero en mi carta, de esta última fecha, que inserto á continuación ratificando su contenido.

"Zaragoza, Abril 13 de 1863.—A las cuatro y cuarto de la tarde.—Sr. general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—El enemigo no ha podido dar un paso. Continúa sus fuegos de cañon sobre el Cármen y los reductos inmediatos á ese fuerte, situados entre el mismo y San Agustin por el lado que vé á la campaña; pero en ellos no ha sido tan afortunado, pues nuestra artillería los ha apagado dos ó tres veces, si bien aquel no ha hecho jugar todas sus piezas, así como nosotros no hemos puesto en acción ni la décima parte de las nuestras.

Los fuegos de fusilería de una y otra parte, han sido lentos y continuados.

El enemigo, desafortunado en sus últimos asaltos, no ha vuelto á intentar otro, sin embargo no cesa de arrojar sus granadas, balas de rifle y toda clase de proyectiles sobre la ciudad.

Estamos bien, muy bien; la moral de nuestro ejército ha subido gradualmente, á proporción que se manifiesta la impotencia del enemigo para tomar la plaza.

El general Rivera me dice que las fuerzas de vd. tuvieron un encuentro con los invasores, en el que estos últimos llevaron la peor parte.

Reciba vd. por esto, mis mas cordiales felicitaciones.

Nosotros no pudimos ni oír ni ver cosa alguna relativa á ese encuentro, por el ruido y humo que tenemos en la ciudad.

Nada mas ocurre de importancia.

Pocos muertos y heridos hemos tenido en la noche y dia de ayer.

Su amigo y compañero que lo aprecia.—*Jesus G. Ortega.*"

Del dia 13 al 14, los fuegos continuaron por una y otra parte, aunque no muy nutridos, y sí con mucha actividad las obras de zapa.

Los acontecimientos habidos del 14 al 15 están consignados en mi carta de esta última fecha, cuyo contenido ratifico.

Hé aquí el documento que cito.

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 15 de 1863.—A las cuatro de la tarde.—Le he escrito á vd. desde el dia 11 sin interrupcion, y así lo haré en lo sucesivo, para que el supremo gobierno sepa con certeza y prontamente todo lo que pasa entre el enemigo y esta plaza.

Por ahora solo le diré, que en las veinticuatro horas anteriores á la en que escribo ésta, no ha ocurrido cosa alguna de importancia, y que el enemigo no ha podido dar un solo paso, ni ensanchar su línea por su frente y flancos, un palmo de terreno, sin embargo de estar hechas pedazos y destruidas, tanto las manzanas que ocupa el mismo enemigo, como las que ocupan nuestras fuerzas.

Los franceses han levantado su campo de Amozoc, y de este campamento como de los que se hallan por el lado del Sur, han estado conduciendo gaviotas hácia el frente del Cármen. Anoche han levantado una obra por el centro de los redientes de Morelos, *enfilados por los fuegos de las manzanas que ocupamos*, cuya obra hasta esta hora parece ser un camino cubierto ó el principio de un parapeto para desenfilarse dichos redientes y poderlos ocupar.

Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*"

Del 15 al 21 tuvieron lugar fuertes y rudos ataques sobre la plaza; los que no siéndome fácil referir pormenorizada-

mente, lo hago en general, contrayéndome, respecto de esos sucesos, á los puntos genéricos que con relacion á los mismos, narré en mi carta de fecha 21, haciendo en ella una rectificacion importante.

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 21 de 1863.—A las cuatro y treinta minutos de la tarde.—Mi querido amigo y compañero: Le pongo á vd. estas líneas para manifestarle que no me ha sido posible escribir despues del dia 15, en que le dirigi mi carta número 5.

Vd. habrá oído lo nutrido que ha sido el fuego del enemigo sobre la plaza y el de ésta sobre el enemigo en los últimos dias; cuyos fuegos comenzaron una hora despues de haber firmado mi citada última carta. En la tarde del mismo dia 15 el enemigo recibió 60 carros con municiones y dinero, y dos dias despues otros 90 con municiones y víveres. No me será posible darle á vd. una idea pormenorizada de todo lo que ha pasado en los seis dias anteriores en esta plaza, especialmente de los cuerpos que han tomado parte en la lucha, y por lo mismo me limito á referir lo mas notable. El dia 15, en las últimas horas de la tarde, hice salir del Cármen á la primera brigada de Zacatecas al mando del señor general Ghilardi, apoyada en una batería de batalla, con direccion á la Teja, para impedir los trabajos de zapa que el enemigo estaba haciendo en aquel punto, con objeto de batir el Cármen. Esto dió lugar á una pequeña batalla que hubo en dicho punto, y á la que puso término la noche: durante el tiempo empleado en aquel encuentro, los fuegos se generalizaron por una y otra parte en la línea del Sur de la ciudad, recibiendo un fuerte cañoneo los parapetos defendidos por los señores generales Berriozábal y Diaz, por los coroneles Auza y Sanchez Roman, por el señor general Régules, y muy especialmente los del Cármen, en cuyo punto se hallaba el señor general Alatorre, dirigiendo el movimiento que le habia encomendado en esa línea. El enemigo, tan luego como vió que se desprendian fuerzas de la plaza para la Teja, conmovió todos los campamentos del Sur, y aun el del cerro de San Juan, mandando

reforzar á paso veloz con los mas inmediatos, á la fuerza que tenia en el citado punto de la Teja.

Ya dije á vd. que la noche puso término á este encuentro. Los fuegos, con mas ó menos interrupcion, siguieron durante la noche y el siguiente dia; en este último se desprendieron dos trozos de infanteria del enemigo, compuestos de cazadores, con direccion á algunas sinuosidades del terreno que se hallan frente al fuerte del Cármen, y de cuyos puntos fueron desalojados poco despues. Los fuegos de artilleria del mismo enemigo habian destruido una parte del panteon del Cármen.—El fuego continuó durante la noche, el dia siguiente, la noche del mismo dia y mañana del 19, con mas ó menos interrupcion; pero aunque el enemigo lo generalizaba por toda la línea ya citada, era muy remarcado sobre las manzanas que se hallan en uno de los costados de la Plazuela de San Agustín, y con vista á la llanura, y la que se halla á la espalda de Santa Inés y con vista tambien á la llanura, defendida la primera y la que está á su retaguardia por el 4.º batallon de Zacatecas, al mando de su coronel D. Joaquin Sanchez Roman, y la segunda, por fuerzas del mismo Estado, á las órdenes del coronel Auza.—Las dos manzanas encargadas al 4.º batallon de Zacatecas, quedaban en la línea defendida por la division que manda el señor general Berriozábal, y por esto puse accidentalmente á sus órdenes el mencionado batallon.—El enemigo llevó por espacio de algunos dias, una obra de zapa formal sobre dichas manzanas, estendiendo un ramal de sus paralelas por el centro de los redientes de Morelos, que se hallan como vd. sabe, sobre la llanura del rumbo de Santiago, y cuyos trabajos se le interrumpieron multitud de veces por los fuegos de artilleria de las mismas manzanas; desalojándolo una vez de dicho ramal, y logrando aun quitarle los instrumentos de zapa y algunos gaviones, é incendiarle todos los demas con que reforzaba el mencionado ramal, cuya operacion hicieron unos cuantos soldados del 3.º batallon de Zacatecas á pecho descubierto.

La obra del enemigo, de que hablo á vd., se encuentra á unas veinte ó veinticinco varas de las manzanas que defendiamos, y ya que á

estas, que se componen de las casas viejas de las orillas de la ciudad, se les hacia el honor de batirlas como á una fortaleza, pues como he dicho á vd. se habian hecho obras de zapa y colocado en ellas baterías para atacarlas, quise que sucumbieran con el mismo honor que les hacia el enemigo, y dispuse que se defendiesen hasta lo último, no obstante estar ya hechas pedazos, tanto por los parapetos que nosotros habiamos hecho en ellas, como y principalmente, por los fuegos de cañon y fusilería que habian recibido con mas ó menos fuerza en los quince dias anteriores.

A las cuatro de la tarde del dia diez y nueve, el enemigo rompió sus fuegos de cañon sobre las citadas manzanas, generalizándolos por toda la línea que he mencionado, incluso el fuerte de Teotimhuacán, al que se aproximaron algunas fuerzas francesas, y que hizo retirar en el acto la artillería de aquel fuerte: una hora despues estaban abiertas grandes brechas en las manzanas, cuyas brechas se cerraban con pelotones de nuestros soldados, quienes ya no podian ser auxiliados por nuestros fuegos de fusilería, porque los habia apagado la artillería enemiga, en atencion á que el frente de las manzanas inmediatas, miraba á la llanura y se hallaba á pleno tiro de aquellas.

Poco despues los zuavos asaltaron las manzanas ocupadas por Sanchez Roman, á cuya hora se hallaba en ellas como jefe de aquella línea, el valiente hijo de Oxaca general Porfirio Diaz, y fueron heroicamente rechazados; mas este triunfo ocasionó un entusiasmo frenético en las tropas que defendian aquel punto, y no juzgando al enemigo astuto y conocedor de la guerra para aprovecharse de todos sus incidentes, lo creyeron derrotado y se cuidaron poco de aprestarse á un nuevo combate. El enemigo que vió la confianza que aquel triunfo habia inspirado á nuestros soldados, dió rápidamente otro asalto á las manzanas, y aunque éstas fueron defendidas valerosamente, tuvieron que perderse despues de un sangriento combate y de haber sido rechazados de nuevo los asaltantes.—Perdimos una pieza de mon-

taña que quedó sepultada bajo el techo de una casa que se desplomara, y entre muertos y heridos 150 hombres del 4.º batallon de Zacatecas, é igual número de cada uno de los batallones de Rifleros de San Luis y primero de Aguascalientes, cuyos dos batallones pertenecen á la valiente division del C. general Negrete, y que mandé á los puntos atacados en auxilio de los mismos.—La manzana ocupada por el coronel Auza, que se halla entre las calles de Villareal y Cañitas, fué tambien blanco de la artillería enemiga, abriendo igualmente en ella grandes brechas. El jefe encargado de su defensa, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido, estuvo esperando el asalto durante la tarde y la noche, mas éste no tuvo verificativo, porque el enemigo se limitó á conservar las manzanas que habia defendido Sanchez Roman.

Muy entrada la noche visité aquella manzana, y convencido de que el enemigo no la asaltaría, sino que procuraria su destruccion por medio de sus cañones, pues su frente y costados estaban á merced de sus tiros, ordené al ciudadano coronel Auza la abandonara, despues de incendiarla, para que no aprovechara el mismo enemigo los escombros en que estaba convertida, y que á continuacion se replegara á la manzana inmediata, que es la de Santa Ines, y que forma parte de la línea fuerte que establecí para la defensa de la ciudad despues de la pérdida de San Javier. Tambien le ordené en la misma noche al ciudadano general Berriozábal, que incendiara las manzanas que habian ocupado en la tarde las fuerzas francesas, cuya orden fué cumplida en el acto sin que pudieran impedirlo los fuegos del enemigo.

Le previne igualmente al mismo general, que conservara esa noche, y el dia y noche de ayer, la manzana que se halla al frente del Hospicio y que le nombran de los cuarteles, la que se encuentra á la espalda de ésta y que forma uno de los costados de la plazuela de San Agustin, y la situada entre la misma plazuela y el ex-convento referido, y que si no eran atacadas durante ese tiempo, las abandonara despues de haber incendiado los escombros á que tambien

se hallaban reducidas, replegando á San Agustin las fuerzas que ocupaban aquellas, cuya órden quedó cumplida en la madrugada de hoy. Los fuegos han continuado ayer y hoy sin dar resultado favorable, ni á nosotros ni al enemigo. Forey estuvo ayer en el Molino para inspeccionar todo el Sur de la ciudad.—Está aglomerando piezas de artillería y algunos otros elementos de guerra en el Pópulo para atacar simultáneamente al Cármen, Santa Inés y San Agustin.

El mismo Forey cree que la plaza se rendirá dentro de diez ó doce dias por falta de víveres.

Han ido nuevos trenes para Orizava para conducir al campo enemigo mas proyectiles y víveres.

Sírvase vd. decirle al señor ministro de la guerra, que me propongo darle un parte general de todo lo ocurrido en Pnchla, y que por ahora me limito á escribirle cartas particulares y por conducto de vd.

Todos nuestros generales han trabajado sin descanso, cumpliendo de una manera satisfactoria con su deber.

Estoy muy cansado y desvelado, y ademas, me duele mucho la cabeza; por lo mismo me reservo algunas otras cosas mas que queria decirle, para hacerlo mañana.

Una felicitacion muy sincera y patriótica en nombre del cuerpo de ejército de Oriente á los señores generales Rosas Landa y Echeagaray, recibéndola vd. de nuevo en nombre del mismo por la jornada del dia 14.—*Ortega.*"

En la noche del 18 al 19 entraron á la plaza, por órden del general Rivera y acuerdo espreso del general Comonfort algunos bultos pequeños con harina, y que contenian todos ellos el peso de noventa arrobas, pues aunque era mucho mayor la cantidad que se trataba de introducir en hombres de algunos indígenas, un incidente desgraciado impidió que se realizara aquel proyecto.

El citado general Rivera no me dió aviso de la hora en que debia hacer la introduccion y lugares por donde intentaba verificarla, sin duda por temor de que el pliego que contuviera

el aviso, fuera interceptado en la línea enemiga. Ignorando yo las disposiciones que respecto de ésto iba á poner en práctica aquel general, hice salir de la plaza la noche referida, al 4.^o escuadron de Zacatecas, cuyo cuerpo tuvo un encuentro con las fuerzas del general Rivera y con los conductores de harina, desgraciadamente en un punto inmediato á la línea francesa. Este es el incidente á que aludo en el párrafo anterior.

La pérdida honrosa de las manzanas que ocupaba Sanchez Roman, comprendidas en la línea defendida por los generales Berriozábal y Diaz, me ocasionó nuevas y fuertes dificultades; si bien aquella pérdida era muy insignificante, pues las referidas manzanas formaban parte de los puntos avanzados de nuestra línea, se hallaban débiles y debian por lo mismo defenderse de un modo transitorio y provisional, y si me propuse que se perdieran despues de un asalto, fué por el honor que les dispensaba el enemigo, construyendo una obra formal para atacarlas.

En uno de los dias 21 ó 22 se presentaron en palacio, sin prévia citacion de mi parte, los señores generales Berriozábal, Negrete, Antillon y la Llave: se hallaban tambien en la oficina del cuartel-maestre, en cuyo punto se reunieron todos, los generales Mendoza, Paz, Mejía y Diaz. El último de estos señores solo visitaba el cuartel general, cuando algun negocio de mucha importancia, relativo á la línea que defendia, lo llevaba á aquel punto.

Reunidos todos, llegó tambien el señor general D. Miguel Auza, quien aparte y reservadamente me manifestó: que aquella reunion tenia por objeto pedirme que abandonara la plaza; que á él lo habian visto algunos de los generales que se hallaban en la junta, recomendándole que secundara sus proyectos, é influyera para que yo me prestara á la realizacion de ellos, y que en caso de negativa por mi parte, hiciera dimision del empleo militar que tenia en el cuerpo de ejército de Oriente, pidiendo su baja en él, como estaban resueltos á hacerlo los generales que mandaban divisiones; me manifestó igualmente:

que no accedió á esto último, dando por respuesta que no podía por motivo alguno pedir su baja en el mencionado cuerpo de ejército; y contrayéndose á mi persona me dijo: que solo cumplía con un encargo, en obsequio de la consideracion que dispensaba á los generales de que se habia ocupado, y que sin manifestarme su modo de pensar respecto de la plaza, en nada influía ni me indicaba tampoco cosa alguna con relacion á ella, porque deseaba que hiciera yo lo que creyese mas conveniente al honor de nuestras armas.

Habiendo pasado esta conferencia, que como he dicho tuvo lugar entre solo el Sr. Auza y el que suscribe, el señor general Mejía me dijo, sin hacer suya proposicion alguna, cuales eran las pretensiones de algunos de los señores generales que se hallaban presentes, refiriéndome lo mismo que me dijera poco antes el Sr. Auza.

En vista de esto tomé la palabra y con alguna vehemencia manifesté lo inconveniente y deshonesto que juzgaba para la República, tomar aquella medida.

Se insistió en persuadirme de lo contrario, tomando para ello la palabra alternativamente los señores Berriozábal, Negrete, Antillon, Llave y Diaz, apoyando sus proposiciones en los siguientes argumentos, que espusieron con no menos vehemencia y calor con que lo hubiera hecho yo. Dijeron: que era necesario, para salvar las instituciones democráticas y la independencia de la República, salvar el cuerpo de ejército de Oriente.

Por la categoría de las personas con quienes hablaba, y muy especialmente por la situacion de la plaza que exigía de mi parte toda la prudencia posible, me presté á aquella conferencia, contestando á los argumentos que se adujeron, con los siguientes: que yo no habia recibido mas consigna del supremo gobierno, que defender á la ciudad de Zaragoza, y en consecuencia el honor de nuestras armas y el del benemérito cuerpo de ejército que mandaba que por lo mismo, la obligacion que tenia yo como soldado, y como yo todos los demas, de defender las instituciones é independencia de la República, era

obedeciendo las órdenes del gobierno, único que tenia poderes legítimos de la nacion para salvar, en los términos que él creyera por convenientes, aquellos caros principios.

A esto se me objetó, que la defensa de la plaza ya no podía continuarse, porque nuestro cuerpo de ejército estaba enteramente desmoralizado, á extremo de que se desbandaria esa noche ó al dia siguiente.

Mi respuesta fué: que yo no consideraba que se encontrasen nuestras tropas en el estado de desmoralizacion en que decian los señores generales, porque las veía llenas de entusiasmo, llenas de entereza y vigor; pero que aun en la hipótesis de que las juzgara de otra manera, permanecería siempre en la plaza, porque este era mi deber, y que en el remotísimo y casi imposible caso de que nuestro cuerpo de ejército se desbandara, la nacion no vería en ese acto, sino una accion ejecutada y motivada por algunos de sus malos hijos, que afortunadamente no los habia entre los defensores de la plaza, mas no un paso deshonesto dado é iniciado por sus generales. Repetí que yo no habia recibido otras instrucciones del gobierno, que las de defender á Puebla de Zaragoza, y que de esa consigna no me separaria ni en lo mas pequeño, porque mi separacion importaba tanto como contraerme una inmensa responsabilidad que no aceptaria jamas; porque deseaba, que el gobierno, al darle cuenta á la nacion de haber ó no conservado el depósito que pusiera en sus manos, no pudiera decirle que no habia tenido soldados, al par que republicanos, obedientes y respetuosos, que lo secundaran. Dije tambien, que este era mi deber y lo llenaria, fueran cuales fueren los tropiezos y dificultades que se me presentáran, y mas cuando al llenar ese deber satisfacía los sentimientos de mi corazon, complaciendo al mismo tiempo las exigencias de mi cerebro; porque si yo ejerciera entonces el mando supremo de la nacion, dispondria: que el cuerpo de ejército de Oriente, en el asedio que sufría la plaza y en el estado á que habian llegado las cosas, se sacrificara de un modo nuevo y honroso, para demostrarle á la Europa y al mundo, que los ciudadanos de que se compone nuestra República, esto es, el pueblo mexicano, tan noble como el pueblo mas noble de la tierra, poseía grandes y elevadas virtudes, que injustamente no le habian concedido las otras naciones, ó quizá por lo mal que lo habian representado sus hombres públicos; y dije por último, que mas grandes se pre-

sentaban los milicianos que mandaba, y mas respetable la nacion ante el ejército frances, sacrificándose aquellos en cumplimiento de una consigna y en las aras de un deber sagrado, que abandonando la plaza estemporáneamente, lo que podia atribuirse á una fuga vergonzosa, y mas cuando aun no habia una razon imperiosísima que justificara aquella medida.

Esto motivó una larga y acalorada discusion, en la que se amplificaron los argumentos referidos, agregando á lo dicho, el general Antillon: que el cuerpo de ejército no estaba en obligacion de hacer un sacrificio inútil. El general Berriozábal: que por el estado de desmoralizacion en que se encontraba nuestro cuerpo de ejército, temia y queria evitar que los franceses lo hicieran prisionero y los males que á esto se seguirian, porque puestos los elementos físicos con que contábamos, en manos de Márquez, estaba hecha con esto la destruccion de los pueblos de la República; me ofreció ademas su firma y las de los otros generales, para que descansando en ellas, pudiera salvar mi responsabilidad ante el gobierno y ante la nacion, porque aseverarian y autorizarian con ellas, segun se espresó, la bondad del acto que me indicaban y pedian que pusiera en práctica. El general Negrete: que si no queria aceptar las indicaciones que se me hacian, me resolviera á dar una batalla campal, para salir de una ú otra manera de la plaza. El general Llave, llevando la palabra por todos los demas: que la marcha natural de los acontecimientos del sitio, aun cuando no se nos tomara la plaza, nos iba conduciendo necesariamente á una capitulacion, y que tanto él como sus compañeros estaban resueltos á no celebrarla,

Se dijo igualmente: que ya no habia víveres para nuestras tropas, y que los que se les proporcionaban, sacándolos de casas particulares, eran sumamente insignificantes, é insuficientes no ya para conservar la robustez y brio del soldado, pero ni aun para subvenir á su simple manutencion, y mas cuando se hallaba la tropa destruida en su parte física por los trabajos sumamente activos á que estaba dedicada durante el dia y la noche, y por las fatigas incesantes de la lucha. Se dijo tambien por los mismos señores generales: que las indicaciones que me habian hecho, eran para salvar la responsabilidad que tenian ante la nacion.

La contestacion que por último dí á lo que queda espuesto, fué la siguiente.

Que el sacrificio del cuerpo de ejército de Oriente no era inútil, si á él lo conducia la defensa de la plaza, en atencion á que este era el deber que le impusiera el gobierno y el honor de las armas de la República; que la calificacion de si era ó no inútil aquel acto, estaba sujeta, no á los generales que mandaban divisiones, sino al gobierno supremo en primer término, y al general en jefe en segundo, y que ni uno ni otro habian juzgado hasta entonces, inútil el sacrificio honroso de nuestros milicianos, si á ese sacrificio los conducian los azares de la guerra; y ademas que los pueblos todos eran muy celosos de su honra, y que por lo mismo México, á quien todos conociamos, vería con mas satisfaccion y orgullo hecho pedazos á nuestro cuerpo de ejército por el hambre, la fatiga y las balas, y aun en poder del ejército frances cumpliendo sus deberes, que no abandonando una plaza, cuya defensa se le habia encomendado, cuando todavia ella contaba con algunos elementos de vida y con el valor de sus defensores; y que si ese sacrificio, impuesto por los pueblos á sus hombres de armas, era obligatorio al subalterno y al soldado, lo era por doble motivo á las personas á quienes condecoraron con distintivos que no concedieron á todos. Que á nuestro cuerpo de ejército no lo veía desmoralizado, por mas que se me aseverara así y volviera á repetirse. Que si la marcha de los sucesos de la guerra no nos era propicia, no podiamos evitar que nuestros elementos físicos, que consideraba y habia considerado siempre de muy poca valía puesto por término de comparacion el honor de México y de sus armas, cayeran en poder de Márquez, pero sí podiamos evitar que cayeran de un modo que no fuera decoroso; y que los medios que debiamos poner para la consecucion de esto último, debian ser otros, y no aquellos que pudieran calificarse de fuga, medios que me era facil poner en práctica, cuando contaba con el valor de nuestros milicianos y con el valor y arrojo de los generales á quienes hablaba, que tan bien se habian conducido en los treinta y tantos dias en que la plaza habia sostenido hasta entonces tan rudos com-

bates con el ejército frances. Que por lo que tenia relacion á las firmas que se me ofrecian para salvar mi responsabilidad, aunque eran de personas sumamente respetables y de quienes la nacion habia recibido importantes servicios, no las admitia, porque no teniendo otro termómetro que mi conciencia para conocer mi responsabilidad, no haria sino lo que ella me dictara, ni recibiría otros preceptos que los que me impusiera la necesidad y el gobierno general. Que la proposicion de dar una batalla campal, no tenia otro objeto que justificar de alguna manera, dándole un buen colorido, la otra proposicion de abandonar la plaza, porque estaba seguro, que aun los mismos generales que proponian esta medida, cuyas luces eran notorias en el arte de la guerra, estaban convencidos de lo inconveniente que seria adoptarla, porque esa batalla campal no habia á quien dársela, ni tampoco quien la presentara en contra, pues que el ejército frances, colocado en distintas posiciones perfectamente retrincheradas, en sus paralelas artilladas, bien consolidado en las manzanas que ocupaba en las orillas de la ciudad, y colocado ademas en la multitud de obras de contravalacion que habia puesto á la plaza, en ellas recibiria, nuestras columnas, sin presentar esa batalla campal á que se aludia, apoderándose de la misma plaza en el acto que la abandonáramos para dar aquella, porque se hallaba á doce ó catorce varas de nuestros muros; así es que proponerse poner en planta el proyecto referido, era proponerse perder y entregar la plaza al enemigo con la conciencia de no conseguir el objeto que aparentemente se deseaba; que lo que se hacia, y nosotros debiamos hacer, en casos de esta naturaleza, era arrollar al enemigo por uno ó dos puntos, para romper el sitio y abrir paso al ejército sitiado, pero que esto estaba resuelto á hacerlo, cuando hubiera consumido de una manera absoluta todos los víveres y municiones con que contaba la plaza, esto és, cuando ya ningun poder humano pudiera salvarla, dejando así satisfecho, ante la historia y la conciencia pública, el noble orgullo del pueblo mexicano.

Dije por último: que yo no podia evitar que los acontecimientos del sitio siguieran su curso ordinario y natural, ni obligar al ejército frances á que dejara de hacer aquello que en un sitio marcan el arte y la ciencia, y que no podia tampoco evitar que fueran consumiéndose de dia en dia los elementos de guerra con que contábamos; y por lo que respectaba á lo que se decia, de que los señores generales estaban resueltos á no celebrar una capitulacion, pensábamos de absoluta conformidad, y que de mis lábios nunca habia salido ni saldria una frase que indicara una capitulacion de parte del cuerpo de ejército de Oriente, y que jamas admitiria ésta ni la propondria tampoco.

Agregué á todo lo espuesto: que si era una verdad que nuestra tropa, al mando de sus dignos generales, habia sufrido y estaba sufriendo mucho por el hambre, la fatiga de la lucha y lo incesante de los trabajos, que si era tambien verdad que los víveres eran ya bien pocos y que me los estaba proporcionando de las casas particulares, no era menos verdad que los pueblos que en defensa de su honor, habian conquistado una página brillante en la historia, habian tenido que someterse á estos lances terribles, pasando por las mas rudas pruebas de la guerra, y que al cuerpo de ejército de Oriente lo juzgaba capaz de hacer lo que hubieran hecho é hicieran los soldados mas patriotas de la tierra. Por lo que respecta á la responsabilidad que me decian tener ante la nacion, les manifesté igualmente: que no tenian otra que darme su opinion cuando se las pidiera, pelear como lo estaban haciendo, y obedecer las órdenes del cuartel general, porque dar cualquiera otro paso era precisamente contraerse una responsabilidad, era faltar á los preceptos de subordinacion que tenian como soldados, era presentarle dificultades á cada momento y con perjuicio de la nacion al general en jefe, y era hacer cesar hasta cierto punto la que éste tenia ante el gobierno y la del gobierno ante la nacion: que yo estaba tambien convencido de que la plaza se perderia mas tarde ó mas temprano, atendiendo al estado de ais-